

Historia de Welinna (1862) de Crescencio Carrillo y Ancona: novela histórica y alegórica sobre la Guerra de Castas en Yucatán

Carlos Javier Farfán Gómez*

cjfarfan@uacam.mx

ORCID: 0000-0002-1291-7575

Historia de Welinna (1862) by Crescencio Carrillo y Ancona: A historical and allegorical novel about the Caste War in Yucatán

Resumen:

Este artículo analiza *Historia de Welinna*, novela publicada por Crescencio Carrillo y Ancona en 1862 y reeditada en 1883, como una intervención literaria en el contexto de la Guerra de Castas y de los conflictos religiosos del Yucatán decimonónico. Mediante una lectura crítica y comparativa de la novela, sus paratextos y diversos escritos de Carrillo y Ancona publicados entre 1859 y 1895, se examinan tanto su inserción en la tradición de la novela histórica yucateca, bajo la influencia de Justo Sierra O'Reilly, como su función ideológica. Se sostiene que Carrillo y Ancona construyó un contrapunto

alegórico entre la conquista española de Yucatán en el siglo XVI y la Guerra de Castas: la intervención de Diego de Landa y de la cruz católica en el pasado ofrecía a los lectores decimonónicos un modelo para interpretar la crisis contemporánea. El artículo concluye que la novela buscó legitimar la restauración de la influencia social de la Iglesia y, en particular, la acción de los misioneros católicos como vía de pacificación, en un contexto marcado por las reformas anticlericales, el culto de la Cruz Parlante y la expansión del espiritismo y el protestantismo.

Palabras clave: alegoría, Conquista de Yucatán, Crescencio Carrillo y Ancona, Cruz Parlante, Diego de Landa, Guerra de Castas, misiones católicas, novela histórica, Yucatán.

* Universidad Autónoma de Campeche. Av. Agustín Melgar, S/N, 24039, Campeche, Campeche

Abstract:

This article analyses *Historia de Welinna*, a novel published by Crescencio Carrillo y Ancona in 1862 and reissued in 1883, as a literary intervention in the context of the Caste War and the religious conflicts of nineteenth-century Yucatán. Through a critical and comparative reading of the novel, its paratexts, and various writings by Carrillo y Ancona published between 1859 and 1895, it examines both the work's place in the tradition of the historical novel in Yucatán, under the influence of Justo Sierra O'Reilly, and its ideological function. It argues that Carrillo y Ancona constructed an allegorical counterpoint

between the Spanish conquest of Yucatán in the sixteenth century and the Caste War: the intervention of Diego de Landa and the Catholic cross in the past offered nineteenth-century readers a model through which to interpret the contemporary crisis. The article concludes that the novel sought to legitimise the restoration of the Church's social influence and, in particular, the role of Catholic missionaries as a means of pacification, in a context shaped by anticlerical reforms, the cult of the Speaking Cross, and the expansion of Spiritism and Protestantism.

Keywords: allegory, Caste War, Catholic missions, conquest of Yucatán, Crescencio Carrillo y Ancona, Diego de Landa, historical novel, Speaking Cross, Yucatán.

Introducción

Crescencio Carrillo y Ancona (Izamal, 1837 - Mérida, 1897) fue una figura destacada e influyente en Yucatán durante la segunda mitad del siglo XIX. Además de su notable labor como presbítero, realizó valiosas aportaciones como historiador, editor, filólogo, arqueólogo y coleccionista (Suárez, 2023, pp. 48–49). Su vasta obra escrita, “publicada casi en su totalidad, es aún hoy fuente muy citada por los estudiosos del devenir peninsular” (Ruz, 2012, p. 7). Entre sus obras, sobresale *El Obispado de Yucatán. Historia de su Fundación y sus Obispos* (1892), así como su *Historia Antigua de Yucatán* (1883a). Fue el primer director del Museo yucateco (1871–1875) y obispo de Yucatán (1887–1897). Durante la visita de la emperatriz Carlota a Yucatán, en 1865, fue nombrado Capellán Honorario de la Corte Imperial. Figura esencial para la vida cultural y social de la península, mantuvo relaciones y correspondencia con personajes nacionales y extranjeros como Désiré Charnáy, Teobert Maler, Charles Etienne Brasseur, Alice Dixon, Augustus Le Plongeon, Antonio Peñafiel, Francisco Sosa y Justo Sierra Méndez (Ruz, 2012, p. 8; Lowe y Sellen, 2019; Suárez, 2023). Fue miembro y socio honorario de diversas sociedades científicas y literarias en Yucatán, Ciudad de México, Nueva York y París. Como filólogo, tuvo en sus manos documentos originales de la antigua civilización maya, como *El Chilam Balam de Chumayel*, el *Códice*

de Calkiní (Ruz, 2012, p. 20) y el *Códice Pérez*, al cual escribió notas y una advertencia (Pérez, 1949; Barrera, 1939, pp. 69–70), entre otros.

Como editor, entre 1860 y 1861 participó en el periódico literario *La Guirnalda*, que él mismo ayudó a fundar. En 1861 fundó y coordinó *El Repertorio Pintoresco, o Miscelánea Instructiva y Amena Consagrada a la Religión, la Historia del País, la Filosofía, la Industria y las Bellas Letras*. A pesar de la tendencia conservadora de Carrillo y Ancona,

la revista contó tanto con colaboradores tanto [sic] conservadores como liberales, y fue la primera de este tipo que hizo dos ediciones, una de lujo y otra popular. El último número de esta revista, que fue muy apreciada, se publicó en enero de 1863. (Camargo, 2006, p. 306)

También participó en *La Revista de Mérida* (1868), de la que fue uno de los primeros redactores. Colaboró en la *Biblioteca de Señoritas* (1868–1869), *El amigo del país* (1883–1886), *El Álbum Literario* (1891–1892), entre otras revistas de Mérida, Yucatán (Camargo, 2006, pp. 305–306).

En el terreno literario, Carrillo y Ancona escribió poemas, leyendas e historias de tradición popular,¹ así como una novela titulada *Historia de Welinna. Leyenda Yucateca*, publicada en Mérida, Yucatán, en 1862. Se debe destacar que esta novela, y en general el resto de la producción literaria del autor, prácticamente no ha sido estudiada por la crítica contemporánea. De igual modo, a pesar de que la Guerra de Castas fue un acontecimiento que mereció la reflexión del intelectual yucateco en muchos de sus textos no literarios, aún no se ha ponderado esta novela histórica como un vehículo estético-ideológico que proponía, a través de un discurso alegórico, una solución a este complejo conflicto social.

En este sentido, el propósito de este artículo es reflexionar en torno a una obra que en su época de producción fue muy difundida entre la sociedad yucateca y que, al ser leída en conjunto con las preocupaciones del autor expresadas en otros textos suyos, potenciaba una lectura alegórica dirigida a convencer a la población civil, y a la clase política, de que la reconquista de la península yucateca dependía de la reconquista del lugar de la Iglesia en el Estado y en la sociedad.

Para tal fin, primero se realizará un análisis de la obra como discurso estético-literario, gestada dentro del género de la novela histórica deci-

¹ Entre las leyendas e historias de tradición popular que reescribió y difundió en folletos, se encuentran *El Santuario de la Aldea* (1886, ejemplar que incluye además *La Lámpara de Tres Siglos* y *Las Doce Estrellas* del propio autor), *El Árbol de Luz* (1887) y *El Rayo de Sol* (1892); todas publicadas en Mérida, Yucatán, en la Imprenta Gamboa Guzmán.

monónica en Yucatán y, posteriormente, como discurso ideológico-religioso. En cuanto a esto último, se hará un análisis crítico y comparativo en relación con otros documentos del autor publicados entre 1859 y 1895, que permitan comprobar sus opiniones respecto de la premisa de que la religión católica sería la solución idónea a la Guerra de Castas. La hipótesis central del artículo, por tanto, pretende demostrar que Carrillo y Ancona se valió de *Historia de Welinna*, durante la segunda mitad del siglo XIX, para resaltar y legitimar el papel que el catolicismo podía jugar para superar la crisis social y religiosa originada por la Guerra de Castas, dentro de un contexto, además, de recientes reformas anticlericales por parte de los liberales y de vulnerabilidad de la Iglesia católica a causa de la difusión del espiritismo y la llegada a la región de los primeros protestantes.

Los inicios de la novela histórica en Yucatán durante el siglo XIX

Si examinamos la novelística en la península de Yucatán “durante el siglo XIX, junto a narradores como Vicente Calero, Rafael Carvajal, Gerónimo Castillo y Crescencio Carrillo y Ancona, indudablemente son Justo Sierra O'Reilly (1814–1861) y Eligio Ancona (1836–1893), quienes ocupan un primer lugar en este género” (Sol, 2016, pp. 31–32). Entre estos dos escritores, Sierra O'Reilly es el gran maestro, fundador de las influyentes publicaciones *El Museo Yucateco* (1841), *El Registro Yucateco* (1845) y *El Fénix* (1848), autor de las novelas *La Hija del Judío* (1848) y *Un Año en el Hospital de San Lázaro* (1845); Eligio Ancona es, por su parte, también un destacado autor, pero ante todo un gran admirador de Sierra O'Reilly, en cuya vida y obra se inspiró para trazar su propio camino como novelista e historiador.

Justo Sierra O'Reilly fue el creador y promotor de la novela histórica en Yucatán. Se le considera, de hecho, como el artífice de la novela histórica en México (Castro Ibarra, 2004; Cortés, 2004).² Por supuesto, no creó dicho género de la nada. Desde mediados del siglo XVIII, la novela histórica fue uno de los géneros que más impulso recibió en Europa. Se ha comprobado que el intelectual yucateco leyó a los escritores Walter Scott, Víctor Hugo y Alejandro Dumas y que dicha lectura contribuyó a la conformación de su propio método de recreación histórico-literaria (Cortés, 2004, pp. 108–116). El estudio de las obras de estos autores, en especial de Scott, considerado como el padre de la novela histórica, le sirvió para

² Castro (2004, pp. 131–32), incluso considera que el escritor yucateco inauguró en México la novela de piratería con *La Tía Mariana* (1841, publicada en el *Museo Yucateco*), y es, junto a Manuel Payón, el pionero de la novela de folletín en México.

adoptar ciertas estrategias literarias y adaptarlas al pasado yucateco que él pretendía recrear. Su método se basaba en una profunda investigación histórica, que incluía la búsqueda en archivos y manuscritos de periodos pretéritos, principalmente del pasado virreinal yucateco, e incluso acudía a la tradición oral; es decir, a las leyendas, con el fin de fundamentar la veracidad de esos textos, “que conscientemente matizó de ficción para hacer su obra más atractiva al lector y poder así dar su propia versión de los hechos ocurridos antaño” (Cortés, 2004, p. 112).

Además de iniciar y cultivar este género en Yucatán, le dio un gran impulso en la región. Sol (2016) afirma que “el magisterio de Sierra O'Reilly se encuentra en el ejemplo que dio a Ancona y a los escritores jóvenes de escribir novelas históricas; de ir a buscar los temas de la literatura en la historia de Yucatán” (p. 39). Tan es así que, en *El Registro Yucateco*, al anunciar la reimpresión de la *Historia de Yucatán* de Diego López de Cogolludo, dice que esta es “una mina inagotable, que pueden explotar el poeta y el romancero, el historiador y el filósofo” (Sol, 2016, p. 39). Se debe señalar que, en el caso de Eligio Ancona, este no solo recurrió a la obra de López de Cogolludo para redactar sus seis novelas, cinco de las cuales son históricas y abordan asuntos yucatecos, sino también para escribir el primer y gran parte del segundo tomo de su *Historia de Yucatán*. Esto es evidente debido a que “muchas son las ocasiones en las que Ancona cita o remite a López de Cogolludo, ya sea en nota o en el cuerpo del texto” (Sol, 2016, p. 40).

Además de la sugerencia que Sierra O'Reilly extendió a los jóvenes escritores de buscar en la historia regional temas para sus argumentos, les legó el ejemplo de la composición de una novela histórico-romántica con *La Hija del Judío*, considerada como “una auténtica aportación en el desarrollo de la novela histórica del XIX”, debido a que su “técnica narrativa y la retrospectiva al pasado colonial se convirtieron en paradigma del género” (Algaba, 2005, pp. 202–203). De acuerdo con el propio autor, para escribir esta historia se valió de información obtenida de los Manuscritos inéditos del P. Nicolás De Lara (que también utilizó Ancona en varios episodios de sus novelas), así como de innumerables pasajes de la *Historia de Yucatán* de López de Cogolludo. Posteriormente, en *Impresiones de un Viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, el intelectual yucateco explicaría parte de su método para construir esta trama:

Pues bien, pasando por cualquier anacronismo, me determiné ligar un suceso con el otro, revistiéndolos de una serie de particulares circunstancias, de que yo tenía una buena provisión en mis notas y apuntes históricos, formando un conjunto monstruoso si se quiere, pero muy

propio para despertar la curiosidad sobre unos hechos ignorados del todo, o profundamente olvidados por la generalidad. Casi nada de lo que he referido en *La hija del judío* ha sido inventado por mí: la combinación, la fábula es lo único que me pertenece; y aunque éste sea el mayor vicio de que adolezca, no he de pretender lavarme las manos para evitar la crítica. *Quod scripsi, scripsi*, y no puedo testarlo. (Sierra, 2012, p. 416)

Con su novelística, Sierra O'Reilly buscaba inculcar nobles valores a la sociedad de su tiempo, a la vez que trataba de enseñarle, mediante la documentación histórica, algunos de los eventos ocurridos en el pasado de su comunidad con el fin de que el receptor de su discurso se sintiera orgulloso de pertenecer a esta (Cortés, 2004, p. 66). En su afán pedagógico predominaba, por tanto, la evocación de la historia. Cinco de sus seis novelas son históricas y en todos los periódicos que editó destaca el énfasis que puso en esta disciplina (Cortés, 2004, p. 67). En este sentido, se debe observar el interés del autor por propiciar una reflexión en el presente del lector a partir de la novelización del pasado. Esto es, generar una reflexión a través de un contrapunto en espejo entre 'el antes' y 'el después'. De esta manera, el receptor de la historia de Sierra O'Reilly podía llevar a cabo una comparación, mediado el deleite de la lectura, entre los dos tiempos en cuestión, en torno a la sociedad yucateca: la Colonia y la república.

***Historia de Welinna*: novela histórica de estirpe o'reillyana**

Crescencio Carrillo y Ancona publicó *Historia de Welinna. Leyenda Yucateca*, en Mérida, Yucatán, en 1862, en la imprenta de José Dolores Espinoza. En vida, realizó una segunda edición de esta novela en 1883, bajo el mismo título y subtítulo, en la Imprenta de La Revista de Mérida. De acuerdo con Camargo (2006) también se publicó fuera de Yucatán, "demostrando el aprecio que mereció en su momento esta novela, en 1888 se publicó en 'La República Literaria' de Guadalajara, donde también fue bien acogida" (pp. 311–12). A esta nueva edición, a la que, en sus propias palabras, solo hizo "algunas correcciones y ligeras modificaciones" (Carrillo, 1883b, p. 4), le agregó un prólogo escrito por él (fechado el 1 de mayo de 1883) en donde asegura que esta "historieta" fue bien recibida por los lectores: "Séanos permitido en esta vez consignar también, la expresión de nuestra gratitud por la buena acogida que el público ha dispensado a la misma, al grado de hacerse cada vez mayor solicitud de

ella, sin tener existencia alguna de ejemplares" (Carrillo, 1883b, p. 4).³

Aunque las variantes entre ambas ediciones son numerosas, el autor no realizó ningún cambio significativo en la de 1883 que haya alterado la trama, la cual decidió conservar en esencia a pesar de que en el mismo prólogo confiesa que quisiera "antes haber amplificado ésta y mejorándola, como siempre habíamos deseado; pero graves y continuas ocupaciones nos lo han venido impidiendo cada vez más..." (Carrillo, 1883b, p. 4).

Entre dichas variantes se hallan adecuaciones de puntuación y acentuación, corrección de pocos errores tipográficos, sustitución de palabras o frases por palabras o enunciados equivalentes, así como breves añadidos para complementar o precisar alguna descripción. Asimismo, al final de la novela agregó dos "Notas históricas" a las ya existentes – llamadas en la primera edición "Notas históricas y críticas" –: en una (número 4) explica el significado y origen de las palabras 'cuyo' y 'cenote', y en la otra (número 6), inserta un fragmento de carta de 1548 del misionero evangélico P. Bienvenida, en la cual describe los "edificios superbos" de la ciudad de Mérida (Carrillo, 1883b, p. 45).

Además del prólogo que se adicionó en la segunda edición – y que conserva íntegra en su interior la breve "Advertencia" que antecede a la novela en la primera edición – el autor eliminó otra advertencia que en la edición de 1862 sucedía a las "Notas históricas y críticas"; dicha advertencia era de orden lingüístico y se refería a la distinción entre la voz 'neófito' y 'catecúmeno' (Carrillo, 1862, p. 77).

Asimismo, afirma que recibió "elogios y felicitaciones" de "compatriotas" e "ilustres extranjeros", y que incluso la emperatriz Carlota la leyó y le interesó tanto que propuso que se tradujera al francés, cosa que nunca se llevó a cabo:

A fines de 1865 la leyó con avidez y entusiasmo la desgraciada Emperatriz Carlota Amalia, viuda hoy del no menos desgraciado Archiduque Maximiliano, e inmediatamente nos honró con sus enhorabuenas, de que fueron testigos el General mexicano Sr. López Uruga y los Embajadores de España y de Bélgica. A este último rogó aquella ilustrada Princesa que hiciese una traducción de la obrita en francés, para que haciéndose en París una rica edición, pudiese ser conocida de todo el mundo literario; pero frustróse tan hermoso proyecto, con motivo de la revolución que derribó al Imperio poco después. (Carrillo, 1883b, p. 4)

³ Todas las citas textuales de la novela *Historia de Welinna*, transcritas en este artículo, se han tomado de la segunda edición que realizó el propio autor (1883b). Asimismo, se debe señalar que se actualizó la ortografía de la totalidad de las fuentes primarias citadas en este estudio, con base en el español de nuestros días.

¿Y de qué trata la obra en cuestión? La trama de la novela es, en apariencia, sencilla: a inicios de 1541, una pareja de jóvenes mayas, Welinna y Yiban, tienen que separarse en la víspera de su boda a causa de la guerra de conquista en Yucatán. Aunque ambos pertenecen a la corte de Tutul Xiu, asentada en Maní, toman decisiones opuestas: Yiban – hijo de un sabio y adivino maya – se mantiene al lado de los guerreros de Tutul Xiu, quienes se alían a los españoles; él decide abandonar las creencias de su comunidad y convertirse al catolicismo. Por el otro lado, Welinna, “hija de un rico y noble cacique difunto” (Carrillo, 1883b, p. 8), prefiere conservarse fiel a sus “antiguos dioses”. Yiban le propone a su amada que se conviertan a la nueva religión y que el ministro de su boda sea “Jesús Crucificado”, pero Welinna no acepta. El 10 de junio de 1541, durante la cruenta batalla que definiría la conquista de Yucatán, entre los españoles y sus aliados en contra de los Cocomes y los Kupules, Yiban fue hecho prisionero por parte de estos últimos. Nueve años más tarde, durante el aniversario de aquella batalla, cuando Yiban, aún prisionero, iba a ser sacrificado a Kukulcan por órdenes del rey, Welinna se presenta en el ara de los sacrificios e implora que a ella también le arranquen el corazón. Entonces llega hasta el templo un “hombre de milagros” (Carrillo, 1883b, p. 32): fray Diego, quien, provisto solo de su elocuencia cristiana y de una cruz de madera, le dirige a la muchedumbre un discurso cristiano que a final de cuentas impide que sacrifiquen a los novios. Días después, la joven pareja es bautizada por el fraile y unida en matrimonio.

Aquí se debe consignar que la novela se divide en dos partes y contiene un apéndice. La primera parte se integra por 7 capítulos breves, y culmina tres días después de que Yiban es hecho prisionero. La segunda parte se compone por 4 capítulos e inicia con una elipsis nueve años después de que el joven maya fue aprehendido en batalla. El apéndice presenta 14 “Notas históricas” que pretenden aclarar asuntos de orden histórico, lingüístico y mitológico. Algunas de dichas notas, como se verá más adelante, resultan ser un recurso paratextual⁴ de Carrillo y Ancona para otorgarle verosimilitud a su leyenda yucateca y para reforzar el mensaje ideológico del texto.

⁴ De acuerdo con Genette (2001), los paratextos son ciertas producciones, verbales o no, que acompañan al texto, que lo presentan y le dan presencia al asegurar “su existencia en el mundo, su ‘recepción’ y su consumación, bajo la forma (al menos en nuestro tiempo) de un libro” (p. 7). De los paratextos, Genette deriva los peritextos (emplazados en el espacio mismo del texto), en los cuales ubica el nombre del autor, el peritexto editorial (portada y anexos, formatos, colecciones...), los títulos, las dedicatorias, los epígrafes, los prefacios, los intertítulos, las notas, entre otros.

En la primera nota del apéndice, se explica lo siguiente:

Aunque tal vez con gran injusticia, es cierto sin embargo que comúnmente se tiene por despreciable y bárbaro el idioma maya, y por esto mismo pueden llegar algunos a extrañar que la joven protagonista de nuestra leyenda lleve el suave y hasta bello nombre de “Welinna”. Pero sépase que este nombre eufónico es enteramente yucateco o maya, pues está compuesto de la frase indígena *U vel in ná, ó uotoch*, que en español equivale a decir *el conducto o camino de mi habitación o morada*. (Carrillo, 1883b, p. 42)

Con base en esta nota, el autor implícito aclara al lector que a pesar de que el nombre *Welinna* pueda parecer extranjero (o mejor: ajeno a la cultura maya), “está compuesto de la frase indígena *U vel in ná, ó uotoch*”. No obstante, durante la segunda mitad del siglo XIX habrá resultado raro este nombre, en especial para los habitantes de Yucatán. Covián Zavala (1919), quien escribió la introducción a la novela de Carrillo y Ancona en una edición de 1919, realizada en Mérida, Yucatán, comenta que “el mismo nombre de Welinna sugiere más el tipo de alguna interesante inglesita de los tiempos modernos, que el de una joven maya” (p. VII). Asimismo, la postura del autor implícito es ambigua ante el hecho “común” de considerarse al idioma maya como “despreciable y bárbaro”. Al inicio de la nota no afirma que sea una injusticia despreciar a esta lengua de origen prehispánico; se limita a enunciar una frase dubitativa: “Aunque tal vez con gran injusticia...” (Carrillo, 1883b, p. 42). Esta postura se fortalece conforme el narrador omnisciente (creado por el autor implícito) continúa desarrollando la trama a todas luces reduccionista. De igual manera, Covián Zavala (1919) señala en la novela un error en el cómputo de los días: “olvidó el celebrado autor de ‘Welinna’ que los mayas no computaban el tiempo según el calendario gregoriano” (p. VII). Más allá de que Covián Zavala cae en una imprecisión, pues para 1541–1550 los conquistadores utilizaban el calendario juliano y no el gregoriano (Esquivel, 1975, p. 212), dicha alusión al conteo temporal parecer ser intencional por parte de Carrillo y Ancona, gran conocedor e investigador de la antigua civilización maya, quien en la segunda edición de 1883 mantuvo este aspecto sin corrección alguna. Esta intencionalidad se puede justificar o explicar por el hecho de que el narrador es omnisciente (es decir, relata todo en tercera persona, como un dios que lo sabe todo), y cuenta la historia desde la perspectiva judeocristiana de los conquistadores, lo cual contribuye a reafirmar el eurocentrismo pedagógico de la obra.

De principio a fin, el narrador omnisciente de *Historia de Welinna* se refiere a los mayas del siglo XVI como un “ejército de bárbaros”, “infieles”, que adoran a un “falso dios”, que ejecutan una “discordante y ruidosa música” y que creen en “absurdas ficciones” y en “mentidas deidades”. En contraparte a estas calificaciones racistas,⁵ cuando el narrador se refiere a los conquistadores y a la religión católica, utiliza, desde luego, valoraciones positivas: alude al “perfecto desarrollo de la conquista”, que llevó a Yucatán “la religión civilizadora” del “Dios verdadero”, del “Dios infinito y omnipotente”.

En el nivel de la trama, por tanto, la historia narrada se desarrolla en un horizonte maniqueo en donde interactúan personajes ubicados en dos bandos inconfundibles: los bárbaros y los civilizados. Durante el siglo XIX en México, la diada civilización/barbarie fue promovida tanto por intelectuales conservadores como liberales, en el campo de la literatura, la política y la historiografía. Ambos conceptos se concebían en estrecha relación que por lo general se usaba para “crear un estándar” que diferenciara a los que se decían civilizados (el nosotros) de los bárbaros (ellos). “Es una diada que siempre implica estigmatización (violencia simbólica) para denigrar al otro como no civilizado y que remite también a una balanza de poder entre culturas desiguales y diferentes” (Guerra, 2024, pp. 110–11). Y la perspectiva de la narración, de forma evidente, es eurocéntrica.⁶ Dentro de esta lógica, el protagonista indiscutible es un personaje con rasgos de divinidad que aparece hasta el primer capítulo de la segunda parte de la novela, cuando ya se han sucedido nueve años desde la captura de Yiban: se trata de fray Diego, también llamado el “Misionero de la Cruz”. Él será el encargado, como elemento esencial del discurso ideológico de la novela, de evitar que Yiban y Welinna sean sacrificados ante el ara de Kukulcan, frente a una multitud de espectadores enardecidos y, al final de todo, también será el encargado de bautizarlos y de unirlos en el sagrado matrimonio del Jesucristo de la Cruz.

A pesar de que el narrador de *Historia de Welinna* alude en varias ocasiones a las supersticiones de los mayas a través de la descalificación eurocéntrica de sus rituales y creencias, la forma en que actúa fray Diego mucho tiene de sobrehumano. Cuando el relato ha llegado al clímax, la noche en que ha iniciado el ritual del sacrificio en donde le arrancarán

⁵ Entiéndase aquí el término racismo en consonancia con la diferenciación estigmática derivada de la diada civilización/barbarie, común durante el siglo XIX.

⁶ A partir de 1492 Europa comenzó a consolidarse como “centro” de la cultura occidental, a la vez que América, Asia y África lo hacen como periferia o como relacionamente subalternas (Lepe-Carrión, 2012, p. 73).

el corazón a Yiban, ya casi un converso católico, y de paso a su amada Welinna, quien voluntariamente se introdujo en el ritual para ofrecer su corazón a sus “dioses inmortales”:

cual súbita aparición de sobrehumano ser, un hombre de mirada penetrante y austera, rodeada su noble frente de una aureola de resplandor inefable ..., se presenta grave, sereno e imperturbable en la escena, levantando su alta Cruz de negra madera, y pronunciando con voz sonora e imponente unas palabras, que ininteligibles y profundamente misteriosas para aquella muchedumbre, déjala toda estupefacta y confundida; no sabiendo como explicarse la naturaleza de aquel personaje, ni el sentido de aquellas palabras, que sin saber por qué secreta virtud, les obligaba a estar quietos, erizados los cabellos y enteramente embargados. (Carrillo, 1883b, pp. 38–39)⁷

Entonces el sujeto se acerca a Yiban y lo desata, sube a la pirámide, derriba la estatua de Kukulkán y “siembra en su lugar la Cruz que lleva en la mano”. En medio de aquella atmósfera de asombro, “despliega sus labios y dirige a tan extraño auditorio un discurso en la maya más expresiva y elocuente; reprobando el uso bárbaro de los sacrificios humanos” (Carrillo, 1883b, p. 39). Cuando el auditorio terminó de escuchar las palabras del misionero, el narrador afirma:

El triunfo, pues, era seguro: la dulce miel de la elocuente persuasión se había inoculado en los ánimos de los bárbaros de tal suerte, que ellos mismos pidieron con encarecimiento un catequismo más detenido para abrazar la nueva religión; renunciando desde luego las ficciones de su mitología. (Carrillo, 1883b, p. 40)⁸

Por si acaso a algún lector del siglo XIX pudiese parecerle inverosímil este episodio climático de la novela de Carrillo y Ancona, el autor implícito insertó un elemento paratextual (la nota número 14 y última del apéndice) con el propósito de sustentar la base histórica del protagonista y de

⁷ En la nota 14 del apéndice de la novela se aclaran cuáles fueron dichas palabras “ininteligibles”: *Ecce Crucem Dómini, fúgite partes adversae*.

⁸ Aunque no es el propósito de este artículo analizar los elementos del romanticismo literario presentes en la obra, se debe subrayar la figura idealizada, casi divina, de fray Diego, de quien se exalta su individualismo y audacia como héroe de la historia; así como la actitud trágica de Welinna, cuando decide voluntariamente morir sacrificada junto a su amado.

sus poderes milagrosos de persuasión y conversión:

Ecce Crucem Dómini, fúgite partes adversae: “He aquí la Cruz del Señor, alejaos de su presencia, retiraos avergonzadas potestades del mal”. Tales eran las palabras con que el célebre misionero Fr. Diego de Landa se presentaba entre las tribus salvajes, sorprendiéndolas a veces en medio de la pompa bárbara de sus sacrificios idolátricos. Que en el lugar que ahora se conoce con el nombre de Dzitas se haya presentado con su Cruz y sus misteriosas e influyentes palabras, salvando como por una especie de milagro a un joven indio que estaba ya atado para el sacrificio, es un hecho auténtico que exornado constituye el fondo histórico de nuestra Leyenda. Véase la “Historia de Yucatán” por López de Cogolludo, tom i.º, lib. 5º., cap. 14. (Carrillo, 1883b, p. 51)

Si acudimos al capítulo citado de la *Historia de Yucatán* de López de Cogolludo, podremos comprobar que, en efecto, se describe un pasaje de la vida de Diego de Landa cuando le salva la vida en “Zitaz en tierra de los Cupúles” (López, 1867, p. 462) a un indio maya de unos 18 años que estaba amarrado a un palo y a punto de ser sacrificado:

Sin mostrar temor el padre Landa, ni decir cosa alguna a los indios, se fue hacia el palo en que el miserable mancebo estaba atado, y le desató poniéndole junto a sí. Derribó los ídolos de donde los tenían colocados, quebró las vasijas de aquella idolátrica bebida [que les hacía perder la voluntad a las víctimas], y con espíritu de Dios les dijo, que le oyesen lo que quería enseñarles para el bien de sus almas. (López, 1867, p. 463)

A continuación, López de Cogolludo menciona que Diego de Landa, al ver que los más de 300 indios que al inicio se veían como fieros leones se habían quedado quietos y admirados, “les hizo una larga plática manifestándoles la obligación que tenían de conocer, amar, temer y servir a un solo Dios verdadero, infinito y todo poderoso, Criador de todas las cosas, premiador de buenos, y castigador de idólatras y pecadores” (López, 1867, p. 463). Al final del discurso del misionero, los indios “idólatras” se mostraron plenamente arrepentidos de su religión politeísta y de sus prácticas rituales, a tal grado que “ellos mismos quebraron los ídolos en su presencia” (López, 1867, p. 464).

Como se puede apreciar, las similitudes entre el pasaje narrado por López de Cogolludo y el último capítulo de *Historia de Welinna*, son evidentes. En la última nota histórica del apéndice, Carrillo y Ancona no solo confiesa que el objetivo de su novela fue “exornar” o embellecer aquella

anécdota descrita en la “*Historia de Yucatán*”, donde Diego de Landa impide que un joven maya sea sacrificado, sino también desea contribuir con esta “leyenda yucateca” a que se despeje la nube negra que ya desde entonces empañaba el recuerdo histórico que se tenía – y aún se tiene – de él, a causa de la conocida quema de manuscritos en Maní.

Se puede constatar, entonces, que *Historia de Welinna* fue escrita bajo la influencia de Sierra O'Reilly por los siguientes motivos:

1. Se trata de una novela histórica, género inaugurado en la región con *La Hija del Judío* (1848), aproximadamente 14 años antes de que Carrillo y Ancona publicara su novela.
2. La anécdota principal la recuperó de la *Historia de Yucatán* de López de Cogolludo, siguiendo la invitación que Sierra O'Reilly le hacía a los escritores jóvenes de ir a buscar los temas de la literatura en la historia regional, y en especial que se aproximaran a la obra histórica mencionada, cuyo legado consideraba “una mina inagotable”.
3. Carrillo y Ancona construyó su novela a partir de dos hechos históricos independientes e inconexos – la conquista de Yucatán en 1541 y el milagro de fray Diego de Landa al salvar a un joven maya en Dzitás que iba a ser sacrificado a los dioses algunos años después de esa fecha –. Al estilo de *La Hija del Judío* de Sierra O'Reilly, el presbítero izamaleño ligó un suceso con el otro, revistiéndolos de una serie de particulares circunstancias, incluyendo una historia de amor entre dos jóvenes mayas.
4. De la misma manera que Sierra O'Reilly, el autor izamaleño buscaba educar a los lectores, recordarles algunas “páginas de la historia de nuestra Península” y “excitar en la juventud y en el pueblo cierta noble curiosidad acerca del conocimiento de la historia del país” (Carrillo, 1862, p. 3), como se puede leer en la advertencia a la primera edición de su novela.
5. Al igual que Sierra O'Reilly, y como se comprobará líneas adelante, con esta obra intentó propiciar una reflexión en el presente del lector a partir de la novelización del pasado. En este caso, generar una reflexión a través de una lectura alegórica de su novela que, mediado el contexto bélico que se vivía en la región, permitiera a los receptores de su discurso literario hacer un contrapunto entre el antes y el después, entre la época de la conquista española de Yucatán y el turbulento presente peninsular durante la segunda mitad del siglo XIX.

Ahora bien, se debe puntualizar que, a pesar de que Carrillo y Ancona escribió su novela con un procedimiento general muy similar al usado por

Sierra O'Reilly, lo cierto es que hay una gran diferencia, desde el punto de vista de calidad literaria, entre *Historia de Welinna* y *La Hija del Judío*. La diferencia estriba, en conjunto, en la profundidad en la construcción de los personajes, en la descripción detallada de los caracteres y espacios, en la complejidad de la historia narrada, en los giros dramáticos, etcétera. En todos estos aspectos, la pluma de Sierra O'Reilly fue superior. El hecho de que Carrillo y Ancona haya escrito una novela breve – en comparación con la profusa extensión de *La Hija del Judío* –, lo justifica este en el prólogo de la segunda edición de su obra, al expresar que antes de volver a presentarla quisiera haberla ampliado y mejorado “como siempre habíamos deseado; pero graves y continuas ocupaciones nos lo han venido impidiendo cada vez más” (Carrillo, 1883b, p. 4). Además de la falta de tiempo como escritor, es evidente su premura relacionada con el propósito ideológico-religioso coyuntural – que se abordará a continuación – con el cual el sacerdote yucateco escribió su novela. Él mismo es consciente de que pudo desarrollar más la obra y que esta quedó en un bosquejo. En el prólogo confiesa que su “leyenda o novela histórica ... es muy exigua ...” y “que no es más que el plan y la idea de una obra grande” (Carrillo, 1883b, p. 5). Prevalece en su discurso, sobre la función estética o poética del lenguaje, la función apelativa o persuasiva. Escribió, en otras palabras, más un artefacto proselitista apresurado que una obra artística acabada. No obstante, hasta cierto punto es entendible esta postura, dadas sus obligaciones primero como sacerdote y luego como obispo. Además, eran tiempos en que los escritores mexicanos e hispanoamericanos escribían, inevitablemente y más que en otros periodos de la historia literaria, con un marcado propósito ideológico: pedagógico, moralista, legitimador, fundacional... (Martínez, 1993; Sommer, 2004).

Novela alegórica sobre la Guerra de Castas en Yucatán

¿Por qué motivo Carrillo y Ancona decidió escribir una obra literaria acerca del prodigioso poder de evangelización de Diego de Landa, casi 300 años después de su muerte? La última nota del apéndice de la novela podría responder esta cuestión: porque se sentía fuertemente admirado por la labor evangelizadora que, como misionero, realizó aquel frai-

le franciscano.⁹ Sin embargo, no se debe pasar por alto que durante el movimiento de Reforma (1858–1872), encabezado por Benito Juárez, la literatura histórico-romántica en México estuvo fuertemente vinculada al tema religioso, por lo general asociada a la recreación del periodo colonial. Dentro de esta novelística, la figura del religioso – ya sea fraile o sacerdote católico – cobró un papel protagónico o antagónico (Rosado y Ortega, 2025, pp. 115, 120). Desde luego, la postura ideológica de los autores de dichas obras oscilaba entre quienes pretendían afianzar las políticas anticlericales propuestas por el movimiento de Reforma y entre quienes deseaban frenarlas y revertirlas.

En el caso de la península de Yucatán, dentro del primer grupo se puede mencionar como ejemplo *La Hija del Judío*, de Sierra O'Reilly, novela protagonizada por un astuto jesuita que, desde su confesionario, controla la vida de los habitantes de la provincia yucateca y ejerce un poder ilimitado en su lucha contra las otras órdenes religiosas. Aunque anterior al movimiento de Reforma, con esta obra su autor “sienta las bases de la literatura que, sobre tema religioso, se gestaría posteriormente en Yucatán” (Rosado y Ortega, 2025, pp. 120–21). Sobresale, años más tarde, la narrativa de otro escritor liberal, Eligio Ancona, quien a través de su novelística histórica pretende “despojar al clero de la investidura de divinidad”, justificar la necesidad de alejar a la religión católica de la educación nacional y negar la capacidad de la Iglesia “para regir los destinos de la República” (Rosado y Ortega, 2025, pp. 120–21). Entre los escritores que producen obras literarias con una intención pro católica en la región, se puede mencionar a Rafael De Carvajal con su novela *Un Sacerdote y un Filibustero del Siglo XVII: Leyenda Histórica* (1846) y la novela de Carrillo y Ancona en cuestión.

Ahora bien, más allá de un homenaje literario-religioso en tiempos adversos y críticos para el poder de la Iglesia católica, la respuesta a nuestra pregunta podría complementarse y ampliarse si tomamos en cuenta el contexto sociopolítico regional, en el que el autor escribió y difundió su *Historia de Welinna* en Yucatán. Crescencio Carrillo y Ancona forma par-

⁹ Algunas obras literarias, al estilo de leyendas o relatos breves, así como novelas, que tuvieron como protagonista al personaje histórico de fray Diego de Landa, fueron publicadas en el sureste mexicano durante los años cercanos a la primera edición de *Historia de Welinna*. Entre estas, se puede citar *El Misionero de la Cruz* (1860), de Manuel Sánchez Mármol, publicada como parte recreativa de *La Guirnalda*, periódico literario fundado por Carrillo y Ancona. A pesar de que esta última es anterior a la novela de Carrillo y presenta un planteamiento parecido, transmite una perspectiva ideológica contraria a *Historia de Welinna*.

te de una generación de intelectuales, junto a Eligio Ancona y Apolinar García, que creció en el sureste mexicano en medio del caos originado por la llamada Guerra de Castas. La infancia del presbítero izamaleño estuvo marcada por este acontecimiento bélico que inició en 1847 y se prolongó hasta 1901. A los 10 años de edad, en mayo de 1848, un grupo de indígenas rebeldes invadió Izamal y su familia se vio obligada a emigrar a Mérida (Campos, 1990, p. 162). Las funestas vivencias de aquellos días dejaron una profunda huella en su memoria. Escribe en 1859:

Aunque de muy tierna edad como éramos en tan aciagas circunstancias, acuérdasenos haber visto empezar a representarse este funesto drama. Pasaron a nuestra vista infantil tristes escenas, escenas cuyo recuerdo vivo y palpitante aún nos hace estremecer. ¡Qué escenas!... Ellas dibujaban en los semblantes la imagen tétrica de la muerte ... ¿Más adónde nos conduce la memoria de las primeras escenas de esa gran tragedia que aún se representa en nuestro teatro social? (Carrillo, 1859, p. 16)

En octubre de 1850, en el sudoriente de la península de Yucatán, un grupo de mayas insurrectos fundó Chan Santa Cruz, la capital y el santuario de un territorio indígena autónomo, que contaba con ejército, un gobierno teocrático militar, relaciones comerciales y políticas con Belice, y una religión propia basada en el culto a una cruz parlante. “La primera vez que la Cruz habló fue en ocasión de que los mayas estaban perdiendo la guerra. Logró unificarlos dándoles a su causa una justificación sobrenatural” (Reifler, 1989, p. 227). La creencia de que la Cruz habría de guiarlos y protegerlos en los combates, aunada a las armas que les proveyeron los ingleses, “les permitió a los cruzob resistir la ‘reconquista’ durante más de cincuenta años. Un ejército indígena guiado por una Cruz Parlante resultó ser una combinación invencible” (Reifler, 1989, p. 227).

El culto que practicaban era organizado por intérpretes de la Cruz que hablaban en su nombre y que recibían esa potestad directamente de Dios. La providencial aparición de la primera cruz grabada en la corteza de un caobo, animó a los indios a revertir la violencia de sus agresores. El milagro o prodigio de esta revelación se dispersó como pólvora entre la población insurgente. Desde aquel momento, amparados por ese símbolo y obedientes de sus órdenes, los *cruzoob*¹⁰ emprendieron continuos

¹⁰ A los mayas insurrectos que habitaban Chan Santa Cruz se les llamó *cruzoob*, “este término se conforma por la palabra cruz del idioma español y por el plural o’ob del idioma maya” (Flores, 2021, p. 11).

ataques guerrilleros con el fin de penetrar en las comunidades y ciudades controladas por los blancos.¹¹

Desde los inicios de la Guerra de Castas, los blancos reclamaron para sí la protección y la legitimidad divinas; sin embargo, la Cruz Parlante fue capaz de trasladar ese amparo celestial a la lucha indígena y transformarla en una verdadera cruzada religiosa. (Campos, 1996, p. 14)

A inicios de la segunda mitad del siglo XIX, la élite blanca manejó como un argumento, casi irrefutable, que esa rebelión y la criminalidad se debían al abandono de la influencia religiosa sobre los indios. Asimismo, un amplio sector de la población consideraba que los ataques liberales hacia la religión habían provocado la sublevación indígena (Campos, 1996, pp. 24–25). En su obra *El Obispado de Yucatán*, Carrillo y Ancona describe que el obispo José María Guerra organizó en 1848 una misión que llegaría hasta aquellas

fieras salvajes, a fin de elevarlas de nuevo a la altura de la civilización cristiana de que les había hecho caer el soplo satánico de los principios revolucionarios, de las perversas ideas del falso progreso y de la mentida libertad. (Carrillo, 1892/1895b, p. 1036)

El obispo yucateco les dirigió a los “indígenas de todo el Obispado y particularmente los que habitan la parte oriental y Sur de esta vasta Península”, a través de los “misioneros improvisados” encabezados por el sacerdote José Canuto Vela, una carta pastoral “en lengua maya y castellana”, fechada el 2 de febrero de 1848. En aquel documento el obispo Guerra afirmó estar persuadido de que los “horrendos asesinos” recientes, tan inauditos desde “el establecimiento del Evangelio” en América,

eran sin duda alguna efecto de la Justicia Divina irritada contra nosotros por tantos pecados, y especialmente por el enorme pecado de abandono del cumplimiento de los deberes cristianos, por la falta de asistencia a los divinos oficios, y a escuchar la enseñanza de la Doctrina Cristiana, a cuya práctica santa y saludable, observada antes con

¹¹ Se debe matizar la oposición entre mayas y blancos como dos grupos totalmente homogéneos. De acuerdo con Rugeley (2012), dicha separación de etnias es un mito: “Lejos de ser una simple lucha binaria – mayas contra ‘blancos’ – las líneas de batalla cambiaron muchas veces” (p. 31).

tanta puntualidad, se debió entre nosotros la paz y tranquilidad que habéis perdido, *merced al prenotado abandono, consecuencia de las ideas exageradas de la época* (Carrillo, 1892/1895b, pp. 1036–1038; cursivas en el original).

Dentro de este contexto social, signado por un grave conflicto racial y religioso, se puede plantear la hipótesis de que la trama de la novela *Historia de Welinna*, protagonizada de manera simbólica por la cruz católica, se construyó sobre la base de un discurso alegórico en relación con la Guerra de Castas. Recordemos que, con base en las ideas de Walter Benjamin (1928/1990, pp. 172–73), la alegoría surge como una respuesta a una crisis histórica o a una catástrofe, en épocas de profunda decadencia y guerra, y pretende mostrar la historia como un escenario de ruinas y sufrimiento. En la obra en cuestión, el escenario en ruinas es la destrucción generada por la conquista en Yucatán; hecho histórico que advierte al lector sobre el peligro de la destrucción de su propio presente, el propiciado por la Guerra de Castas. La alegoría expone, tanto en el escenario pasado como en el actual, que la violencia de los mayas rebeldes – no solo la violencia armada, sino también la violencia de sus prácticas ‘barbáricas’ como los sacrificios humanos y su culto a dioses paganos y sangrientos; o bien, el culto a una cruz parlante a la que se obedece como a una divinidad –, así como su resistencia a ser conquistados y civilizados, provocan la irrupción del caos y, por lo tanto, de acuerdo con Benjamin (1928/1990, pp. 65, 71), justifican la intervención providencial o institucional para restaurar la paz sobre los escombros de la guerra.

La intención del intelectual izamaleño de alegorizar la novela se manifiesta desde el primer párrafo, cuando el narrador alude a una época de crisis y guerra: “Érase allá a principios del año de 1541 y la Península de Yucatán pasaba por una crisis social, enteramente extraordinaria y desconocida en su historia” (Carrillo, 1883b, p. 7). En ese mismo párrafo se menciona que ante el avance de la “nueva religión” y las “nuevas costumbres” producidas por “la acción de la conquista europea sobre la tierra y la raza americanas” (Carrillo, 1883b, p. 7), los cacicazgos del norte, del sur y del poniente, después de años de resistencia, huían o se rendían unos, a la vez que otros se resignaban a una “prudente capitulación” como “el rey Tutul Xiu”. Sin embargo, existía un grupo de mayas que se negaba a rendirse o entregarse: “No así en el interior de la Península, que, desde Izamal hasta los remotos confines, escuchábase el sordo rumor de un pueblo fiero y libre” (Carrillo, 1883b, p. 7). Estos “remotos confines” coinciden geográficamente con la región oriental en donde, como

se dijo líneas atrás, se estableció el territorio rebelde de Chan Santa Cruz durante la mitad del siglo XIX.

En medio de este caos se presenta una historia de amor entre dos jóvenes mayas que se tienen que separar, en la víspera de su boda, debido a que él se alía a los conquistadores españoles y se convierte al catolicismo mientras que ella prefiere conservarse fiel a sus “antiguos dioses”. Como resolución de este conflicto, que los orilla a estar al borde de la muerte por sacrificio humano, se presenta fray Diego, el llamado Misionero de la Cruz, quien salva sus vidas con la ayuda de la cruz y un discurso adoctrinador.

La intervención providencial de la cruz católica – en el discurso de la novela, metáfora de la omnipotencia de esta religión –, consigue restaurar la paz sobre los escombros de la guerra. En el contexto en que fue escrita y divulgada esta obra por parte de Carrillo y Ancona, el lector interpretaría, mediada la alegoría, que solo los misioneros católicos, armados de la cruz verdadera y la palabra divina, podrían restaurar el orden espiritual y social en la devastada península de Yucatán.

Concluye la novela de la siguiente manera:

El misionero les sonrió y les bendijo.

Pocos días después, Yiban y Welinna fueron bautizados y unidos luego con el vínculo sagrado del matrimonio.

Y citábaseles como modelos de católicos virtuosos, al mismo tiempo que todos admiraban cómo el celo de un misionero, había formado en breves instantes de un ejército de bárbaros, un pueblo de sumisos adoradores del Dios del cielo y Redentor del mundo. (Carrillo, 1883b, pp. 41–42)

Como se puede advertir, al final de la novela la cruz católica consiguió no solo restituir la paz en el conflicto religioso que embargaba a Welinna y Yiban – y por extensión a sus comunidades –, sino que resolvió el conflicto militar entre los conquistadores europeos y el último bastión de mayas rebeldes – los cocomes, los kupules y los cochuaxes –, quienes se transformaron de mayas rebeldes en mayas sumisos. De este modo, en el discurso de la novela, se consumaba la conquista total de la península de Yucatán.

Esta hipótesis de *Historia de Welinna*, como una novela histórica escrita en clave alegórica sobre la Guerra de Castas, se fortalece si acudimos a la primera obra publicada por el intelectual yucateco, *Ensayo Biográfico del Señor Doctor D. José Canuto Vela y Rojas* (1859). En este documento dedicado a José María Guerra, obispo de Yucatán de ese tiempo, Carrillo y Ancona realiza una semblanza encomiástica de Canuto Vela, fallecido el 11 de agosto de ese mismo año. En el texto, luego de describir la for-

mación religiosa de este, narra que en 1847 “abortó la tan funesta guerra de indios, guerra que ha sido el escollo de nuestro progreso, guerra que ha asolado al país, y que es todavía uno de los mayores males que la malograda península sufre” (Carrillo, 1859, p. 16). Ante la “espantosa y terrible” explosión de violencia, protagonizada por la “saña de los indígenas, que, hiriendo de muerte a nuestra sociedad naciente, la conmovió en sus cimientos cubriéndola de luto y de miseria, de fuego y de sangre...” (Carrillo, 1859, p. 16), Canuto Vela fue comisionado en 1848, por el obispo José María Guerra, para encabezar una comitiva de sacerdotes que intentaría llegar a un acuerdo de paz con los rebeldes:

Este venerable eclesiástico, al frente de otros dignos sacerdotes cuyos nombres deben conservarse en gratitud profunda, investido por ambas autoridades con el doble carácter de comisionado eclesiástico-político, penetró más de una vez con osadía evangélica en los campos enemigos, superando dificultades inmensas, sobrellevando con admirable resignación cristiana los sufrimientos y las penalidades consiguientes a su dura y arriesgada empresa, y haciendo digno uso de las armas propias de un sacerdote: la Cruz y el Evangelio. (Carrillo, 1859, p. 17)

Como se puede notar, el joven intelectual izamaleño describe con emoción el valiente esfuerzo con el que Canuto Vela, armado solo con su cruz y su palabra, cumplía su misión en 1848 al incursionar en territorio rebelde en busca de la paz social. Tres años después, Carrillo y Ancona escribiría su novela *Historia de Welinna*, protagonizada por un fraile que, provisto solo con su cruz y su labia, se interna en territorio de los mayas que se oponían a la conquista española en 1541. Aunque se trata de otro contexto histórico, el planteamiento es análogo en ambas obras del mismo autor.

Se debe subrayar que en la descripción apologética de esta labor redentora del sacerdote se trasluce una distinción entre la civilización que representa la religión católica y la barbarie originada por los indios:

con la obra prodigiosa de esfuerzos que la civilización opuso a aquel torrente devastador, está identificado el memorable Cura Vela, pudiendo decirse que desde aquí data el nombre glorioso de yucateco ilustre y célebre, que este virtuoso sacerdote supo conquistarse en la opinión de sus conciudadanos. (Carrillo, 1859, pp. 16–17)

En *Historia de Welinna*, como ya se señaló anteriormente, la oposición civilización/barbarie es esencial para el desarrollo de la trama y para la construcción del mensaje ideológico de la misma.

La hipótesis de los motivos que llevaron a Carrillo y Ancona a escribir esta novela, en pleno conflicto de la Guerra de Castas, también se puede fundamentar si consideramos las preocupaciones del intelectual izama-leño en los años posteriores a 1862, cuando sacó a la luz dicha novela, y en los años cercanos a 1883, cuando decidió volver a editarla y difundirla. Recordemos que esta terrible guerra que afectó a todos los estratos de la sociedad yucateca fue, a lo largo de toda su vida, un motivo constante de reflexión en sus obras. Se debe aclarar que Carrillo y Ancona no escribió alguna obra en la cual haya abordado en específico el tema de la Guerra de Castas; sin embargo, existe “un número considerable de ellas donde plasmó sus ideas e incluso polemizó en torno al origen y causas de esa guerra” (Campos, 1990, p. 161). En este continuum de reflexiones del presbítero yucateco, hay un elemento común en sus discursos: el “conflicto entre Estado e Iglesia como motor de los enfrentamientos internos de los blancos y de la Guerra de Castas” (Campos, 1990, p. 183).

En 1865, tres años después de publicar *Historia de Welinna*, editó el folleto *Estudio Histórico sobre la Raza Indígena de Yucatán*, donde compara el conflicto bélico entre los mayas y los blancos que se estaba librando en la península en esos días con la conquista española ocurrida tres siglos atrás:

Desde el año de 1847 que alzó el indio sublevado su hacha homicida, hasta el día de hoy que no se retira del campo de batalla, parece que estamos en una continuación no interrumpida de los sucesos de la primera mitad del siglo diez y seis, en que los soldados de Castilla acaudillados por Francisco de Montejo sostenían la ruda pelea de la conquista. Y aun no faltaríamos a la verdad si dijésemos que hoy guardamos peor estado, así por la debida comparación que respectivamente debe hacerse entre uno y otro tiempo, el de la conquista y el actual, como porque en ese tiempo nuestros abuelos llegaron a dominar en las fértiles florestas de la parte oriental de la Península, que es la mejor y más rica porción del territorio, y que ahora posee exclusivamente el indígena sublevado, ... y con cuya posesión ahora se enorgullece el señor de las selvas, amenazando no parar hasta conseguir el completo exterminio de la raza que le conquistó y ultrajó. (Carrillo, 1865, pp. 25–26)

Nótese cómo hace un contrapunto “entre uno y otro tiempo, el de la conquista y el actual”, al grado de decir que pareciera que se tratara de la misma batalla, ininterrumpida.

En 1866 divulgó el folleto *Observación Crítico-Histórica o Defensa del Clero Yucateco*, que es una réplica a la obra *Historia de la Guerra de Castas de Yucatán* (1865) de Apolinar García y García, quien argumentaba

que el estado de ignorancia del indio se debía en parte al gobierno y en una mayor al clero yucateco; que los mayas de idólatras paganos se habían convertido en idólatras cristianos, y que los curas les habían dado un trato despótico y se aprovechaban de ellos (Campos, 1990, pp. 168–69).

Por otra parte, y como se mencionó líneas atrás, también se debe considerar que *Historia de Welinna* fue escrita y difundida por su autor pocos años después de la promulgación de las Leyes de Reforma. De acuerdo con Campos (1990), las constantes reflexiones de Carrillo y Ancona acerca de la Guerra de Castas y la figura del indio rebelde en sus textos religiosos, históricos y sociales, “encierra una argumentación en defensa de la Iglesia agredida por la política anticlerical de los liberales” y que el presbítero trataba de “probar lo inicuo de los ataques del liberalismo a la Iglesia y la necesidad de restituir la influencia de la religión en la sociedad” (p. 162).

En 1892, cinco años antes de morir y siendo ya obispo de Yucatán, publica su extensa obra *El Obispado de Yucatán. Historia de su Fundación y de sus Obispos desde el Siglo XVI hasta el XIX*, donde todavía se lamenta de la promulgación de las leyes liberales que obstaculizan la misión pacificadora de la Iglesia, debido a que:

el gobierno de la Nación no sólo no proporcionaba los medios que el clero necesitaba para el desempeño de su misión social y sagrada, sino que le suscitaba los mayores obstáculos, principalmente el de quitar las rentas necesarias para la formación de nuevos ministros, y para el sostenimiento de los conventos en que se forman los más activos y celosos misioneros ... ¡Y más todavía, por iguales motivos la Sagrada Mitra no puede emprender ahora como quisiera y ansía, la pacificación y conquista espiritual de esos desgraciados indios de Chan Santa Cruz, que permaneciendo victoriosos en su impune rebelión contra la autoridad de la república, han desmembrado el territorio nacional y han vuelto también a la idolatría y a la barbarie. (Carrillo, 1892/1895a, p. 25)

Aquí se puede apreciar cómo el máximo jerarca religioso en Yucatán se lamenta de los obstáculos que el gobierno le ha impuesto a la Iglesia para que esta realice su labor social, y expresa, con toda seguridad, su deseo de pacificar y civilizar Chan Santa Cruz por medio de las misiones católicas.¹²

Con ligeras variantes, el presbítero yucateco difunde la segunda edi-

¹² Era tal el interés de Carrillo y Ancona por pacificar y evangelizar la región de oriente, que incluso llegó a solicitar la venida de sacerdotes jesuitas o diocesanos de nacionalidad inglesa para evangelizar a los mayas rebeldes, quienes se sentían ligados a Inglaterra (Camargo, 2006, p. 215).

ción de su novela en 1883. Justo en ese año publica su *Historia Antigua de Yucatán*, donde considera que la solución a ese conflicto social estaba en los misioneros que ponen las bases de la sociedad al predicar la doctrina “verdaderamente civilizadora del Evangelio”:

¡Ah! si esa doctrina regeneradora hubiese tenido una acción constante y siempre bien dirigida sobre los ánimos de nuestros indios, hoy fuera el día en que su número sería otro igual de hombres que honrasen a la patria a que pertenecen, tanto cuanto ahora la deshonran con los excesos de su barbarie. Pero nuestros políticos no han sabido servirse de un elemento todo divino que empieza la felicidad del hombre desde la tierra de sus miserias... El Estado no tiene religión. (Carrillo, 1883a, pp. 13–14)

En ese año de 1883 difunde su *Vida del Padre Fray Manuel Martínez*, extenso ensayo en donde lamenta la extinción de la orden franciscana en Yucatán. Ahí no pierde la oportunidad para insistir en la urgente necesidad de nuevos misioneros cristianos para terminar con la guerra intestina que asolaba Yucatán. Obsérvese, nuevamente, su insistencia en comparar el tiempo de la conquista y el actual:

No habríamos tenido que sufrir esa funesta guerra de castas, porque el evangelio que conquistó en el siglo XVI a los indios en medio de las más grandes dificultades no sólo habría sido un dique para semejante desbordamiento en el Siglo XIX, sino que por él no habrían ni llegado a formarse los elementos y los pretextos de tan grave mal. ... ahora al finalizar el presente siglo, una mitad de la vasta Península queda todavía por conquistar para la civilización, y no se logrará acabar hasta que nuestros trenes de ferrocarril y buques de vapor se ocupen en conducir por mar y tierra a misioneros evangélicos que, armados como sus predecesores de la Cruz y el Evangelio, y seguidos de la simpatía y veneración de la sociedad entera, pacifiquen, moralicen y civilicen a tantas tribus indígenas que han vuelto a la barbarie con la pérdida de la fe católica, a la vez que los hijos de nuestra propia raza y de la mezclada, están igualmente en peligro, a juzgar por la moderna estadística criminal, de caer en la misma barbarie, a fuerza de separárseles de la influencia religiosa. (Carrillo, 1883c, p. 48)

La mención de los ferrocarriles alude a uno de los dos propósitos con los que se introdujo este medio de carga y de transporte en Yucatán, además de impulsar el desarrollo económico: “terminar con la guerra civil focalizada en el sur del Estado” (García, 2024, p. 40; May, 2017, p. 25). De igual

modo, seguramente el obispo Carrillo y Ancona, hombre en comunicación con su entorno local y nacional, estaba enterado de que el establecimiento de las primeras rutas ferroviarias en México estaba siendo usado por los protestantes para expandir su doctrina. Se debe recordar que estos empezaron a arribar a Mérida a partir de 1877, encabezados por el misionero presbiteriano Maxwell Phillips (May, 2018, pp. 560–63) y que, de hecho, para 1881 ya había entrado en funciones la ruta Mérida-Progreso (May, 2017, p. 26). Asimismo, se ha comprobado que la expansión del presbiterianismo en esta región fue determinada por la infraestructura ferroviaria del momento: “La distribución geográfica de la población protestante en Yucatán de los últimos años del siglo XIX es evidente al respecto, pues los primeros lugares en los que se escuchó el evangelio presbiteriano fueron Campeche, Halachó, Maxcanú y Mérida” (May, 2017, p. 25).

Por lo anterior, Carrillo y Ancona, siendo obispo titular de Lero y coadjutor de Yucatán, puso en alerta a sus feligreses: el 11 de junio de 1885 publicó el *Edicto sobre la Vigilancia en que Deben Estar los Fieles Católicos con Motivo de la Propaganda Protestante*, donde levanta la voz de alerta para condenar y prohibir “toda comunicación y trato” con los ministros protestantes que “de vez en cuando aparecen en esta ciudad y en algunos otros puntos de la Diócesis”¹³ para distribuir gratis o “a bajo precio Biblias protestantes y otros libros, folletos e impresos sueltos, con el fin de separar poco a poco a los fieles del seno maternal de la Santa Iglesia Católica” (Carrillo, 1885a, p. 3). También en 1885 publica su *Orden Circular contra la Propaganda Protestante*, documento en el que se lamenta:

¿a qué nos empeña la contemplación de tantos males como ahora pesan cual fatídica nube sobre esta desgraciada Península? Mirad por una parte la gran escasez de clero que aflige a la Diócesis, y por otra la presente irrupción de la propaganda anticatólica. (Carrillo, 1885b, p. 9)

A este panorama de crisis por la incipiente disidencia religiosa, también se sumaba la difusión del espiritismo y la masonería (May, 2018, pp. 557, 561–62). En 1869, Carrillo y Ancona publicó el tratado *Verdadera Filosofía del Magnetismo Animal y del Espiritismo o el Demonio, Considerado en sus Relaciones con la Humanidad*. En el prólogo, el autor declara que lo escribió motivado por su preocupación ante la creciente

¹³ En 1885 la Diócesis de Yucatán abarcaba los actuales estados de Yucatán, Campeche y Quintana Roo. Aunque civilmente el estado de Campeche se creó en 1862 y el territorio de Quintana Roo se integró formalmente años más tarde, eclesiásticamente permanecieron unidos bajo el Obispado de Yucatán hasta 1895 (ADABI, s. f., p. 4).

popularidad de los fenómenos espiritistas en la sociedad yucateca. En la obra se argumenta, desde la perspectiva católica, la relación de esta doctrina con lo demoníaco, con el propósito de advertir del peligro de su difusión y práctica. A pesar de este esfuerzo, pocos años después, la doctrina de Alan Kardec arraigó en la península, con la circulación del primer periódico espiritista yucateco *La Ley de Amor* (1876–1879), editado por los hermanos Rodulfo y Waldemaro G. Cantón (Suárez, 2025).

Conclusiones

Historia de Welinna es una novela histórica escrita y publicada por Crescencio Carrillo y Ancona en un momento de mucha tensión social y religiosa en el sureste mexicano. Sin duda, es evidente el influjo de Justo Sierra O'Reilly en la manera en que fue escrita la obra, en especial, en la forma en que se le plantea al lector un pasaje de la historiografía local que posibilitaba una reflexión, a través de un contrapunto en espejo, entre 'el antes' y 'el después'. La trama, en apariencia simple, presenta una idealización romántica de un personaje histórico (fray Diego de Landa), durante la etapa final de la conquista española de Yucatán en 1541. No obstante, el argumento de la obra apela a la memoria histórica de la región y se resignifica desde el punto de vista ideológico, porque el autor la publicó por primera vez en 1862, en plena guerra civil entre la población blanca de la península y un grupo indeterminado de mayas insurrectos (los *cruzoob*). Asimismo, se preocupó por difundir una segunda edición en 1883, en un contexto todavía más complejo, porque además de que continuaba el culto a la Cruz Parlante en el territorio rebelde de Chan Santa Cruz, ya se expandían en tierras yucatecas el espiritismo y el presbiterianismo protestante.

Con base en las preocupaciones del intelectual izamaleño expresadas en varios de sus textos escritos no literarios, se puede interpretar esta novela como un instrumento estético-ideológico con el cual el autor pretendía propiciar una reflexión en el presente del lector a partir de la novelización del pasado.¹⁴ Esto es, construir una alegoría de un tiempo pretérito para generar una toma de conciencia en su tiempo contemporáneo. De esta manera, el receptor de la historia de Carrillo y Ancona podía llevar a cabo una comparación, mediado el deleite de la lectura, entre dos periodos de profunda crisis en la península de Yucatán, con un trasfondo

¹⁴ Los letrados conservadores del siglo xix expresaron sus sensibilidades, prácticas y valores en la prensa, los sermones, las memorias, la literatura, los discursos y otros tipos de materiales (Castro y Soriano, 2021, p. 15).

de ruinas y destrucción en ambos casos: la conquista de Yucatán durante el siglo XVI y la Guerra de Castas del siglo XIX. Así, el autor propone a sus lectores contemporáneos del siglo XIX – principalmente lectores del bando de los “blancos”, en especial los políticos liberales que avalaban las reformas anticlericales – contemplar a la religión católica, y en particular a los misioneros franciscanos, como la solución al conflicto armado que asolaba la región.

A pesar de que existen estudios acerca de las reflexiones de Carrillo y Ancona sobre la situación del indígena maya y de la relación de este con el origen de la Guerra de Castas (Campos, 1990, 1996; Camargo, 2006), aún no se ha ponderado su novela *Historia de Welinna* como un vehículo estético-ideológico que utilizó para proponer, a la par que sus folletos y estudios no literarios, la solución a este complejo conflicto: la urgente necesidad de la ilustración católica de los mayas rebeldes.

A la manera de los frailes misioneros del siglo XVI que se valieron del discurso literario (el teatro) para catequizar a los habitantes originarios, el presbítero yucateco acudió en el siglo XIX a la novela histórico-alegórica, para intentar convencer a la población civil, y a la clase política, de que la reconquista de la península yucateca dependía de la reconquista del lugar de la Iglesia en el Estado y en la sociedad.

Lista de referencias

Fuentes primarias

- Barrera Vásquez, A. (1939). *El códice Pérez*. (Sobretiro del tomo III, núm. 1, de la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*).
- Carrillo y Ancona, C. (1859). *Ensayo biográfico del señor doctor D. José Canuto Vela y Rojas*. Imprenta de Rafael Pedrera.
- Carrillo y Ancona, C. (1862). *Historia de Welinna. Leyenda yucateca en dos partes y un apéndice de notas históricas y críticas*. Edición del Repertorio Pintoresco; Imprenta de José Dolores Espinosa.
- Carrillo y Ancona, C. (1865). *Estudio histórico sobre la raza indígena de Yucatán*. Tipografía de J. M. Blanco.
- Carrillo y Ancona, C. (1866). *Observación crítico-histórica o Defensa del clero yucateco*. Imprenta de José D. Espinosa e hijos.
- Carrillo y Ancona, C. (1869). *Verdadera filosofía del magnetismo animal y del espiritismo o el demonio, considerado en sus relaciones con la humanidad*. Tipográfica de Rafael Pedrera.
- Carrillo y Ancona, C. (1883a). *Historia antigua de Yucatán*. Gamboa Guzmán y hermano, impresores-editores.
- Carrillo y Ancona, C. (1883b). *Historia de Welinna. Leyenda yucateca* (2.^a

- ed.). Imprenta de la Revista de Mérida.
- Carrillo y Ancona, C. (1883c). *Vida del V. padre fray Manuel Martínez, célebre franciscano yucateco, o sea Estudio histórico sobre la extinción de la orden franciscana en Yucatán y sobre sus consecuencias*. Gamboa Guzmán y hermano, impresores-editores.
- Carrillo y Ancona, C. (1885a). *Edicto sobre la vigilancia en que deben estar los fieles católicos con motivo de la propaganda protestante*. Imprenta de la Revista de Mérida.
- Carrillo y Ancona, C. (1885b). *Orden circular contra la propaganda protestante*. Imprenta de la Revista de Mérida.
- Carrillo y Ancona, C. (1886). *El santuario de la aldea*. Imprenta Gamboa Guzmán.
- Carrillo y Ancona, C. (1887). *El árbol de luz*. Imprenta Gamboa Guzmán.
- Carrillo y Ancona, C. (1892). *El rayo de sol. Leyenda yucateca*. Imprenta Gamboa Guzmán.
- Carrillo y Ancona, C. (1895a). *El obispado de Yucatán. Historia de su fundación y de sus obispos desde el siglo XVI hasta el XIX* (2.^a ed., Vol. 1). Imprenta y litográfica de Ricardo B. Caballero. (Trabajo original publicado en 1892).
- Carrillo y Ancona, C. (1895b). *El obispado de Yucatán. Historia de su fundación y de sus obispos desde el siglo XVI hasta el XIX* (2.^a ed., Vol. 2). Imprenta y litográfica de Ricardo B. Caballero. (Trabajo original publicado en 1892).
- Carrillo y Ancona, C. (1919). *Historia de Welinna*. Ariel Biblioteca de Autores Peninsulares.
- Carrillo y Ancona, C. (1925). *Welinna*. Edición gratis especial para los lectores de "Ecos yucatecos".
- Carrillo y Ancona, C. (1986). *Historia de Welinna y otras leyendas*. Instituto Nacional de Bellas Artes; Premiá.
- López de Cogolludo, D. (1867). *Historia de Yucatán* (3.^a ed.). Imprenta de Manuel Aldana Rivas.
- Pérez, P. J. (1949). *Códice Pérez*. Imprenta Oriente.
- Sánchez Mármol, M. (1860). *El misionero de la cruz. Novela yucateca*. Imprenta de Rafael Pedrera.

Literatura secundaria

- ADABI de México. (s. f.). *Guía del Archivo Histórico de la Diócesis de Campeche*. Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México A.C. adabi.org.mx
- Algaba Martínez, L. (2005). El prólogo y su función en dos novelas históricas.

- cas mexicanas del siglo XIX. *Rilce. Revista de filología hispánica*, 21(2), 189–203. <https://doi.org/10.15581/008.21.26414>
- Benjamin, W. (1990). *El origen del drama barroco alemán*. Taurus. (Trabajo original publicado en 1928).
- Camargo Sosa, J. F. (2006). *Crescencio Carrillo y Ancona, el Obispo Patriota*. Editorial Área Maya; Ayuntamiento de Mérida.
- Campos García, M. (1990). La guerra de Castas en la obra de Carrillo y Ancona (historia de una disputa por el control social del maya). *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 13(13), 159–85. <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.1990.013.68873>
- Campos García, M. (1996). El “culto del error”: la Cruz Parlante en el pensamiento yucateco. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 17(17), 9–33. <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.1999.017.3001>
- Castro, A. y Soriano Salkjelsvik, K. (2021). El siglo XIX desde la sensibilidad conservadora: nuevas perspectivas. En K. Soriano Salkjelsvik (Ed.), *Sensibilidades conservadoras: el debate cultural sobre la civilización en América Latina y España durante el siglo XIX* (pp. 11–40). Iberoamericana Editorial Vervuert.
- Castro Ibarra, G. (2004). Justo Sierra O'Reilly: pionero de la novela histórica y de folletín en México. *Caleidoscopio*, 16, 125–35.
- Cortés Campos, R. (2004). *La novela histórica de Justo Sierra O'Reilly: la literatura y el poder*. Universidad Autónoma de Yucatán.
- Covián Zavala, J. M. (1919). *Introducción* (pp. v–VIII). En C. Carrillo y Ancona. *Historia de Yucatán*. Ariel Biblioteca de Autores Peninsulares.
- Esquivel Pren, J. (1975). *Historia de la literatura en Yucatán* (Vol. 8). Ediciones de la Universidad de Yucatán.
- Flores Rodríguez, M. (2021). *La Guerra de Castas y la Cruz Parlante*. Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.
- García Tinajero, V. (2024). Entre rieles llegó la modernidad: el ferrocarril en Yucatán durante el Porfiriato (1876–1911). *H-industria*, 18(34), 29–45. [https://doi.org/10.56503/H-Industria/n.34\(18\)pp.29-45](https://doi.org/10.56503/H-Industria/n.34(18)pp.29-45)
- Genette, G. (2001). *Umbral*. Siglo XXI Editores.
- Guerra Manzo, E. (2024). Civilización y barbarie en la novela histórica mexicana del siglo XIX. *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad* (102), 109–129. <https://doi.org/10.24275/uamxoc-dcsh/argumentos/2023102-05>
- Lepe-Carrión, P. (2012). Civilización y barbarie. La instauración de la “diferencia colonial” durante los debates del siglo XVI y su encubrimiento como “diferencia cultural”. *Andamios*, 9(20), 63–88.

- Lowe, L. S. y Sellen, A. T. (2019). *Documentos del Museo Yucateco, 1870–1885*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez, J. L. (1993). *La expresión nacional*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- May May, E. R. (2017). El protestante y el ferrocarril. La expansión del presbiterianismo en Yucatán, México: 1885–1940. *Revista Cultura & Religión*, 11(1), 23–47.
- May May, E. R. (2018). Los presbiterianos revolucionarios en Yucatán. Inserción social y participación política. *Historia Mexicana*, 68(2), 557–610. <https://doi.org/10.24201/hm.v68i2.3746>
- Reifler Bricker, V. (1989). *El Cristo indígena, el rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*. Fondo de Cultura Económica.
- Rosado Avilés, C. y Ortega Arango, O. (2025). El religioso en las novelas históricas de Eligio Ancona. *Humanitas. Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios*, 5(9), 113–42. <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas5.9-131>
- Rugeley, T. (2012). Violencia y verdades: cinco mitos sobre la guerra de castas en Yucatán. *La Palabra y el Hombre* (21), 27–32.
- Ruz, M. H. (Ed.). (2012). *Crescencio Carrillo y Ancona, correspondencia. Vol. I: Libro copiadador de cartas (1889–1895)*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sierra O'Reilly, J. (2012). *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sol Tlachi, M. (2016). Eligio Ancona y Justo Sierra O'Reilly: una afinidad electiva. *Literatura Mexicana*, 27(2), 31–49. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.27.2.2016.918>
- Sommer, D. (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Suárez Turriza, T. (2023). Notas sobre literatura y polémicas espíritas, de México a Yucatán en el siglo XIX. *Melancolía. Revista de historia del Centro de Estudios sobre el Esoterismo Occidental en América Latina*, 8, 40–67.
- Suárez Turriza, T. (2025). Espiritismo, educación y literatura en el Yucatán del siglo XIX: La Ley de Amor (1876–1879) y la misión espírita de Rodolfo G. Cantón. En J. R. Chaves (Ed.), *México esotérico (1850–1950)* (pp. 53–80). Universidad Nacional Autónoma de México; Bonilla Artigas.